

35-74

RIF-ALE

Tesis de Doctorado

por la señorita

D.^a Dolores Aleu y Riera

DE LA NECESIDAD
DE ENCAMINAR POR NUEVA SENDA
LA EDUCACION HIGIÉNICO-MORAL
DE LA MUJER

Precedida de una Carta

del

Dr. D. Juan Giné y Partagás

De la necesidad de encaminar
por nueva senda la educacion higiénico-moral
de la mujer

Para colmo de injusticia, los mismos defectos de organizacion, que por el artificio de las leyes y por el automatismo de las costumbres, hemos ido provocando y acentuando, son de continuo invocados para legitimar la servidumbre que imponemos á la mujer y el triste ostracismo científico á que la condenamos.

GINÉ.

MUY ILTRE. SR. :

Al presentarme ante este Jurado, donde resplandecen el saber y la justicia, hago uso de un derecho ya indiscutible, por mas que — y esto es lamentable — tenga límites en un corto número de españolas.

Si el Gobierno, con los altos poderes del Estado, nos ha reconocido el derecho de cultivar nuestra inteligencia en la ilimitada medida que lo posee el varon, autorizán-

donos para alcanzar los más altos grados de las profesiones y para el ejercicio de las mismas, no he de hallar ménos benevolencia en el tribunal que ha de juzgar de este mi primer ensayo.

Como siempre acontece cuando se trata de escribir sobre un tema libre, en Medicina, lo primero que me ha embargado ha sido la eleccion de un asunto que estuviese en armonía con la importancia del acto y con las humildes condiciones del actuante. Hecho, quizás el primero en los anales escolares contemporáneos, el de la opcion por una mujer al grado de Doctor, fácil es comprender los graves motivos de mi fluctuacion. Sin embargo, el considerar que aun hay quien discute y disputa á nuestro sexo la aptitud para los estudios profesionales, ha sido para mí motivo de inspiracion para adoptar como objeto de esta tésis, el siguiente tema, que, si no tiene todo el mérito de la novedad, entrañará siempre los altos quilates de la oportunidad.

De la necesidad de encaminar por nueva senda la educacion higiénico-moral de la mujer.

La vida de la mujer, desde los tiempos más remotos, viene siendo un continuo martirio. No es de admirar que en los tiempos del oscurantismo se tratase mal á la mitad del género humano, porque la ignorancia no abandona jamás á la barbarie. Lo extraño, lo triste y lo ridículo, es que continúe este martirio, en pleno siglo de las luces. Sí, continúa, y van muy equivocados los que lo contrario afirman: lo que se logra es avanzar algo, pero muy poco, en las reformas que merece la educación, tanto física como moral é intelectual de la mujer; aún le toca á nuestro sexo sufrir muchísimo; no hemos salido de la esclavitud; ésta subsiste todavía; lo que se ha hecho en el transcurso de los siglos, ha sido cambiarla de aspecto, endulzarla, *hipocritizarla*, y como toda transformación va seguida, casi siempre, de perfeccionamien-

to, las que ha tenido la educación de la mujer, han ido mejorando algo su estado, sin que esto quiera decir que todavía no nos hallemos muy rezagados.

Repasando algunos pasajes de la Historia, se verá cómo era considerada antes la mujer, sirviéndonos para compararlo el modo como se la considera hoy.

Según los más célebres historiadores, el indio hacía matar á su mujer como una vaca, cuando entraba en la vejez, y al morir él, sus esposas eran quemadas. Otros dicen que, efectivamente, había esta costumbre, pero que no era general.

Los filósofos griegos decían que la mujer procedía del mal, como las tinieblas.

Diógenes, al ver el cuerpo de una mujer colgado de un árbol, exclamó: «Pluguiera á los Dioses que todos los árboles llevaran el mismo fruto.»

La mujer ganó bastante al venir de Oriente á Roma; á pesar de todo, era la esclava de su marido; no tenía ningún derecho sobre sus hijas; en cambio, su esposo podía venderlas públicamente y lo hacía en el *Velabrum*, especie de mercado de frutas, en donde eran compradas las niñas, para comerciar más tarde con sus gracias. Algunas veces eran enterradas con la cabeza fuera, poniéndolas cerca manjares, so pretexto de que, muertas de este modo, su corazón é hígado tenían grandes propiedades y aun la virtud de obrar muchos milagros. M. Legouvé, en su interesante libro de la *Historia moral de la mujer*, explica que la que daba á luz una niña, era excluida del santuario por doble número de días que cuando su recién nacido era varón; que en Esparta, por cada diez criaturas abandonadas, siete eran niñas; que en Roma, colocaban al recién-nacido á los piés del padre, el cual, el mayor número de veces, no lo levantaba, lo que equivalía á condenarlo á muerte;... *porque era niña*; que Luis XI de Francia desterró por cuatro años á Linnieres, á su primer vástago, *porque era una niña*; por fin, declara que, entre los señores feudales, se consideraba el

nacimiento de una niña como la mayor de las calamidades.

Los persas y galos tenían derecho de vida y muerte sobre sus mujeres. Entre las últimas era costumbre admitida que al morir de repente alguna persona de consideración, su mujer ó mujeres—pues era moneda corriente la poligamia entre los ricos—fuesen sometidas al tormento y bastaba la más ligera sospecha de atentado, para hacerlas perecer en las llamas, despues de haberlas sometido á los más atroces tormentos. ¡Y sin embargo, se las consultaban como seres sobrenaturales, pactando con Aníbal que, si los cartagineses llegaban á tener queja de ellos, se someteria el litigio á la decision de las mujeres galas!

Estas contradicciones han existido y existen entre el sexo fuerte; de modo que, cuanto más se lee y más se intenta profundizar sus opiniones sobre el cómo se ha de considerar á la mujer, más se echa de ver su poco aplomo. Pero, no es esto extraño; ¿por ventura puede estar lo injusto sentado sobre bases sólidas?

Al hablar de contradicciones, no puedo ménos que copiar algunos párrafos del libro que la Sra. Arenal tiene escrito con el título de *Contradicciones*.

«Una mujer puede llegar á la más alta dignidad que se concibe: puede ser madre de Dios; descendiendo mucho, pero todavía muy alta, puede ser mártir y santa;... y el hombre que la venera en el altar y la implora, la cree indigna de llenar las funciones del sacerdocio;... ¿qué decimos de sacerdocio? atrevimiento sería que en el templo osara aspirar á la categoría del último sacristan. La lógica sería aquí escándalo é impiedad.

»Si del orden religioso pasamos al civil, las contradicciones no son de ménos bulto. ¿Cómo la mujer ha de ser empleada en Aduanas ó en la Deuda, desempeñar un destino en Fomento ó en Gobernacion? Sólo pensarlo da risa. Pero una mujer puede ser el jefe de un Estado. En el mundo oficial se la reconoce aptitud para reina y para

estanquera; que pretendiese ocupar los puestos intermedios, sería absurdo. No hay para qué encarecer lo bien parada que aquí sale la lógica.

»En las relaciones de familia, en el trato moral, ¿qué lugar ocupa la mujer? Moral y socialmente considerada, ¿cuál es su valor? ¿cuál su puesto? Nadie es capaz de decirlo. Aquí es mirada con respeto y con desprecio allá.

»Unas veces sufre esclava, otras tiraniza: ya no puede hacer valer su razón, ya impone su capricho. Buscad una regla, una ley moral: imposible que la halleis en el caos que resulta del choque continuo entre las preocupaciones y la ilustración, el error y la verdad, la injusticia y la conciencia. El libertino, que escarnece la virtud, cree en la de su madre; el cínico arriesga su vida en un desafío, para defender el honor de su hermana; el que ha hecho muchas víctimas y hollado las más santas leyes, recibe como tal un capricho de la que ama, y el que tiene teorías y hábitos de tirano, viene á ser el esclavo de su hija ó de su nieta.

»¿Pueden darse más graves y terribles contradicciones?»

Los antiguos árabes, cuando tenían muchas mujeres en su tribu, degollaban á las recién nacidas.

Los mogoles pueden tener todas las mujeres que quieran, comprándolas por cierto número de cabezas de ganado, y si bien cada una vive en una casa aparte, á la muerte del padre se queda el hijo con alguna de las mujeres, pero no la que sea su propia madre.

Segun el célebre jurisconsulto Beaumandon, en la Edad Media las mujeres debían llevar el cabello largo, para que así pudiese hacer presa de ellas su marido, para maltratarlas; procurando, empero, que no resultasen muertas ó mutiladas. De esta edad data también el odioso *derecho de pernada*, derecho inicuo, que fué abolido en España por Fernando, en Guadalupe, en Abril de 1486.

En Francia, en tiempo de Luis el Pendenciero, los Estatutos de Burdeos ordenaban que la mujer estuviese bajo la autoridad de su marido, pudiendo éste, en un

momento de arrebató, matarla, quedando impune; pero tenía que confesar que estaba arrepentido, etc.

Si, dejando aquellos tiempos,—porque temo que tantos casos vayan fatigando la atención de este ilustre tribunal,—venimos á otros más modernos, ¿qué encontramos más plausible? ¿No puede aun, en época moderna, contarse con el serrallo, el gineceo, ni el screona, donde la mujer era tan sólo un instrumento de placer, una esclava de su señor? Y en Rusia, aun hace poco, ¿no se despreciaba á la mujer al llegar á los cuarenta años, debiendo entonces servir á la nueva señora?

Por el importante informe que Mr. Blaqui, hace algunos años, presentó al Instituto de Francia, se sabe que, en Oriente, la situación de la mujer no ha cambiado. En efecto, en el mercado se convierte en mercancía y en el serrallo, es inferior á una cortesana. No es interrogada ni para ser vendida ni para casarse. Siempre cubierta con un velo, ni aun queriéndolo su esposo, puede ver su rostro, y este velo, no sólo es emblema de sepultura durante su vida, sino que sirve como librea del despotismo ejercido sobre ella por su soberano y receloso señor.

En Marruecos, en el mercado de Janafó, en 1877, todavía pasaban escenas como la siguiente, explicada en una carta por Lahasseu Mennen.

«Los ganaderos y propietarios de esclavos vendieron públicamente sus caballos, mulas y borricos, y con ellos, en pujas de un duro, de una peseta, de un real, á una infeliz esclava que, transida de dolor y anegada en llanto, rogaba en vano á su nuevo señor que comprase el hijo de sus entrañas. En nuestra Isla de Cuba, hasta que, primero en ella y después en Puerto-Rico, se ha decretado la libertad de los negros, ¿qué pasaba? Recuérdense las escenas insertas en todos los libros que hablan de la historia de este punto,—que causa horror:—allí se procuraba unir á los esclavos, solo para aumentar, con la venta de los que nacieran la riqueza del amo; allí no

valian lamentos ni lágrimas. ¿Cómo es posible exigir buenos sentimientos de mujeres tratadas de este modo? ¿Qué virtud puede tener la mujer con tales tratos? ¿Qué les podría enseñar á sus hijos? ¿Qué les dejará en cuanto á sentimientos? Forzosamente, la ley de herencia les dejará malos hábitos; les dejará odio de raza, odio inextinguible, sed de venganza contra la sociedad que la ha hecho sufrir tantos martirios.

Reasumiendo estos ligeros apuntes, puede decirse que los primeros pobladores trataron á la mujer como instrumento de placeres brutales y que en los pueblos bárbaros mejoró algo. Empieza la civilización: en Grecia aparecen leyes y una sabia administración; las ciudades que más se distinguen en tal concepto y por su poderío son Esparta y Atenas; y á pesar de este progreso, en Esparta el amor filial, la piedad y hasta el pudor, son sacrificados á la patria. El niño que nace débil y mal conformado, es arrojado de la sima del monte Taygeto; los jóvenes de ambos sexos luchan juntos, desnudos, en los gimnasios, en presencia de los reyes y del pueblo todo. Objeto de recreo en Grecia, madre de guerreros en Esparta y cortesana en Roma, el cristianismo ha tratado de rehabilitarla y lo ha logrado moralmente tomando por tipo á María.

Y en la Edad media, ¿qué adelantó la mujer?

Concepción Arenal, en su libro *La mujer del Porvenir*, refiriéndose á aquellos tiempos, dice: «El guerrero del Norte rompió lanzas por su belleza y su virtud: su amor formó el caballero, hermosa creación, que puso freno á la fuerza, dió amparo á la debilidad y apoyo á la justicia. La virtud de la mujer fué una necesidad para la familia y con su honra se identificó el honor del esposo y el del padre.»

Aquí se ven muy buenos propósitos: lo que nos explica la Sra. Arenal es cierto; otros historiadores lo confirman; pero, mezclado con esto bueno, hay la desmoralización, que por doquiera sembraron las Cruzadas. César

Cantú, al tratar de esta época dice que San Bernardo sembró el mundo de viudas, cuyos maridos existían.

En esta época se fundaron la Gaya ciencia y los Tribunales del amor; se rindieron muchos tributos á la hermosura física de la mujer; pero, á su belleza moral, ¿qué tributos se rindieron? ¿Cómo se la permitía educarse? Esta edad fué, para la enseñanza de la mujer, como de las más bárbaras: no se la dejó salir del menegado ejercicio de la rueca y de la aguja ni del templo ó de la oración. Y no se crea que las hijas de los señores feudales tuviesen más privilegios: no, la misma enseñanza tenían la del plebeyo que la de los señores en sus imponentes castillos.

Veamos lo que dice en su libro *Páginas para la educación popular*, la Sra. Tartilan.

«El hombre, que es siempre eminentemente justo, creía que la mujer era un sér nulo para el bien y apto para el mal, y la castigaba con los mismos suplicios que al hombre; peor aun, pues la condenaba al mayor de los suplicios, á la falta de respeto á su pudor, dejando que el verdugo profanase su espalda y su seno y que el vulgo estúpido y grosero la dirigiese lúbricas miradas. ¡Porque era hereje ó hechicera! ¿Quién la mandaba pensar y desear saber algo más que manejar la rueca y la lanzadera? ¡Para eso había nacido mujer, es decir, nada!...»

Transcurriendo los años y llegando al siglo pasado y aun á principios del presente, continuamos viendo considerando como un gran delito el que la mujer sepa leer y mucho más escribir.

¿Qué alcanzaron los partidarios de tanta ignorancia respecto á la moralidad de las mujeres? ¿Es extraño que existiesen mujeres como Tulia, Catalina Vanozz y Lucrecia Borgia? ¿Cómo habían de conocer lo bueno, lo noble, lo moral y lo justo mujeres sumidas en la mayor ignorancia, con malos ejemplos y exaltadas por las liviandades de los hombres, que aplaudían su descoco y sus infamias?

¿Porqué admirarse de que la cortesana en Roma se presentase casi desnuda en los lugares públicos y mezclada con ella y hasta tomando ejemplo de sus vestidos la matrona romana, cuando los mismos hombres daban el ejemplo pintándose el rostro, empolvándose la barba y ejercitándose, como dice la Sra. Tartilan, en la perfeccion de estos adelantos? No eran estas las únicas malas prácticas que tenian los hombres: en un libro del señor Castelar, se lee que el mismo Augusto prostituyó á su propia hija y que Macron, convencido de lo que habia de dominar era el vicio, entregó á su propia mujer á Calígula. Véase, por lo tanto, quién era el culpable; y con todo la pobre meretriz y sus traficantes, que se apellidaban *el leno* y *la lena*, no eran perdonados ya más, y la adúltera era castigada con el mayor de los suplicios á que se puede someter una mujer. ¡Y eran los hombres los que castigaban, es decir, los mismos causantes del daño!

Semejante método dió los resultados que debia dar: la más alta inmoralidad. Entonces, como siempre, la falta de instruccion fué causa de todos los males; que otra cosa no prueban las tapadas de las magníficas comedias de Calderon, Tirso y Lope de Vega, tapadas tan devotas como poco recatadas.

Parece increíble que haya quien crea y diga que la instruccion de la mujer es un peligro, por lo cual más vale hacerla ignorante, supersticiosa y fanática, como han dado tantas pruebas de serlo las españolas. ¿Educan así mejor á sus hijos? ¿Cumplen así mejor con el alto deber de madres? ¿Tienen así más facultades para dirigir, y con provecho, á sus hijos en las escabrosidades del camino de la vida?

Hemos hablado de los tiempos más antiguos; hemos hablado de otros más modernos, y hasta hemos tratado de los actuales, ocupándonos de la jóven América; pero si de ella, pasamos á la vieja Europa, ¿encontramos á la mujer muy bien educada? Lo que vemos es á la



pobre obrera encerrada todo el día, por un escaso jornal, en las fábricas y talleres, puntos que, además de ser sumamente insanos y peligrosos, son verdaderos focos de prostitución. Esto nos lo dicen los hombres de todos los países; lo confirman escritores españoles, ingleses, alemanes, franceses é italianos. En muchos de estos lugares, desde el dueño al último mayordomo, se creen con derecho á empañar la honra de las infelices trabajadoras, que es su único bien, y las pobres se encuentran en la triste alternativa de ceder ó de dejar sin pan á sus ancianos padres ó á sus hijos.

Si de estas mujeres pasamos á la mujer del campo, la veremos ocupada en los mismos rudos trabajos que el hombre, en el mayor número de casos sin respetar ni los achaques, ni la debilidad del sexo:

Esto sí, tales motivos son muy considerados cuando se trata de darla instrucción: en este caso se citan su debilidad, las urgencias de la maternidad, que avasalla gran parte de las funciones de la vida de la mujer, y el cuidado de la casa y de la familia. Todo esto se tiene en cuenta al tratarse de instruirla, de procurarla aptitud para ejercer una profesion. Se tiene á las mujeres hoy divididas en dos categorías: unas, por exceso de trabajo, pierden su salud, siendo causa del raquitismo de sus hijos; otras, por exceso de descanso, se crían endebles y toman en ellas grande incremento las pasiones.

Esto último es cabalmente lo que sucede en la mayor parte de las mujeres de la clase media y en casi todas las de las clases ricas. A estas, la fortuna les depara criadas, amas, niñeras, cocineras y camareras; las permite que se repartan las tareas de la casa; no se las consiente instrucción, so pretexto de que bastante trabajo tiene la mujer con los *quehaceres domésticos* y con el cuidado de su esposo é hijos. Las pobres que no tienen quien las auxilie, éstas sí que pueden pasar todo el día en el taller ú ocupadas en las rudas tareas del campo.

Apenas se ha sacado la mujer del envilecimiento en que

yacía, ha dado pruebas, en punto á sentimientos, de llegar mucho más allá que el hombre. ¿Por qué se la veda el terreno en que se cultivan las facultades intelectuales? Dejadla el campo libre y entonces se verá si se alcanza en instruccion, si no tanto como se ha logrado en punto á sentimientos, mucho más de lo que se ha obtenido hasta hoy.

Para negar la instruccion á la mujer, se han aducido pruebas fisiológicas, anatómicas y frenológicas. Se ha dicho que las funciones de generacion le vedan ocuparse en trabajos sérios; que todos sus tejidos, sistemas y aparatos son mucho más débiles que los del hombre; que en la extremidad cefálica no solo hay diferencias notables de volúmen y peso en el cerebro, sino que estas diferencias han llegado á traslucirse en la bóveda craniana. Concedido: la maternidad en varias épocas de la vida absorbe muchas partes de las otras funciones y supone un periodo poco hábil para ejercitar con provecho sus facultades intelectuales; pero ¿acaso esta influencia dura toda la vida de la mujer?

La organizacion masculina y femenina no se distinguen en los primeros tiempos de la vida intrauterina; ni en la niñez se ven diferencias entre niños y niñas en punto á la capacidad de sus facultades. Estas diferencias se marcan precisamente cuando viene á modificar las respectivas aptitudes la instruccion, tan distinta en uno y otro sexo. Hágase sino la prueba, póngase al niño y á la niña en las mismas condiciones, tanto de instruccion como de educacion, tanto del medio como de los alimentos, tanto de los hábitos como de las preocupaciones sociales, y creo nos encontraremos con mujeres que saldrán buenas y otras que serán inútiles; lo mismo que pasa con los hombres. Las habrá que alcanzarán poco provecho con todos sus esfuerzos; en cambio, las habrá que con menos trabajo, lograrán hacerse notables. Un ilustre higienista español, refiriéndose á este punto, dice: «Tomemos un limitado número de niños y niñas y eduquémosles é instruyámosles del propio modo que hoy día se hace en los *Colegios para*

señoritos, en los Institutos de segunda enseñanza y en las Universidades. ¿Cuáles serán los resultados? Entre las alumnas las habrá sobresalientes, notables, buenas, medianas y dignas de suspension; lo propio acontecerá respecto á los muchachos; pero indudablemente se contarán más sobresalientes varones que sobresalientes hembras, así como habrá mayor número de suspensos entre aquellos que entre éstas. Así, sacando el término medio de estos resultados, tendremos: que si la educación femenina al estilo varonil no es ocasionada á producir muchas sumidades, da mayor número de frutos provechosos que la misma educación en el sexo masculino.

»El cráneo del hombre, en comparación con el de la mujer, tiene de peso 14 centésimas de más, esto pesando con el maxilar inferior; pero, pesado éste aparte, tiene 16 centésimas más el del sexo masculino que el del femenino.

»Se dirá que es argumento muy flaco el que resulta del peso del cráneo, que es mucho más convincente el del cerebro; es cierto, por lo tanto vamos á ocuparnos de éste, para lo cual nos servirán los estudios de M. Broca, los cuales, á más de probarnos las diferencias de los cerebros de los sexos, estudian el influjo que la civilización ha tenido en el desarrollo del cerebro femenino. Halló el célebre antropólogo, en la gruta del Hombre Muerto, 16 cráneos humanos: 7 de hombre, 6 mujer, 3 de dudoso sexo y 3 de niño. Estos cráneos pertenecían á una época intermedia entre la edad de la piedra tallada y de la piedra pulimentada; el índice cefálico medio de los cráneos femeninos, era de 73'13 mientras que el de los siete de hombre era 17'45. El promedio de la capacidad de los 18 cráneos de esta serie, era de 1,543; 88 cc., midiendo 1,106'50 cc., los de varón y 1,507, los de mujer. Compárense estos resultados de la medición de la capacidad de los cráneos de los hombres prehistóricos con los que arroja la medición de la capacidad de los cráneos de los hombres modernos, y siguiendo las

ingeniosos experimentos de Broca, veremos: 123 cráneos parisienses han dado, por término medio la capacidad 1,480'52 cc., correspondiendo, 480'52 al sexo masculino y 1,337 al femenino. De donde se colige que entre la capacidad de los cráneos antiguos y la de los contemporáneos, hay una diferencia de 48 cc. en favor de aquellos, y que las diferencias sexuales son mucho más marcadas en nuestros tiempos que en los primitivos, pues mientras el promedio de estas diferencias en los cráneos de la gruta del Hombre Muerto no pasaba de 99'50, en los cráneos contemporáneos se eleva á 220'7 cc. Tenemos, pues, que así como la diferencia de la cúbica entre los cráneos masculinos y femeninos prehistóricos era solo de 6'60 por 100 en detrimento de los últimos, en nuestros tiempos llega á 16'50.

»¿Cuáles son las causas de estas chocantes variaciones antropológicas? ¿Cómo se explica que haya bajado tan considerablemente, en los tiempos modernos, la proporción de la capacidad craneana de la mujer, comparada con la capacidad craneana del hombre?

»Dejemos hablar al mismo Broca «Nada tan variable dice, como la posición y el destino de la mujer en las sociedades civilizadas y bárbaras; pero, por punto general, es indudable que los progresos de la civilización tienden á afianzar más y más la protección del hombre. Miembro respetable de la familia, concentra en ésta sus cuidados, mientras que el hombre, fuera, lucha por la existencia. La organización social atenúa el rigor de las leyes de la selección natural y las suaviza aun mucho más para ella: encuéntrase, pues, respecto del hombre, en condiciones bastante análogas á las en que el civilizado, sostenido y protegido por la sociedad, se halla respecto del salvaje, que no se sostiene sino por sus propias fuerzas, y, como la civilización introduce en las razas condiciones apropiadas para hacer decrecer el volumen medio del cerebro, pues el volumen del cerebro de los negros esclavos es inferior al de los negros libres del África,

en el estado social de la mujer civilizada, encontramos tambien condiciones abonadas para exagerar la diferencia que ya naturalmente existe entre el volúmen del cerebro del hombre. Estas condiciones, por lo comun, no existen en los salvajes. Las mujeres toman parte en los trabajos, en las luchas y en los peligros de la tribu. Experimentan, al igual que el hombre las leyes de la seleccion natural. Van á la caza, á la pesca y hasta á la guerra. La mujer de Cromagnon murió de un hachazo que le abrió el cráneo, y no se habrá olvidado que uno de los cráneos de la gruta del Hombre Muerto, ofrecia vestigios de una antigua y grande herida. Es además un hecho bien conocido que en muchos pueblos salvajes, ó solamente bárbaros, la constitucion de la mujer difiere mucho ménos que entre nosotros de la del hombre. No es posible, empero, elevar esta observacion á la altura de un principio general, puesto que entre los mismos salvajes, la posicion de la mujer es muy variable, desde la esclavitud más abyecta, que la rebaja al rango de un animal doméstico, hasta á la emancipacion más ó ménos completa que la asocia á la vida pública de la tribu.»

Niégame á la mujer la aptitud para el estudio de las ciencias abstractas, dícese que sus facultades reflexivas son muy inferiores á las del hombre, pero que posee en muy alto grado las perceptivas y afectivas; concedido: la mujer quiere hallar pronto la verdad, no tiene calma para pensar durante largo tiempo sobre un mismo punto, pero quizás dependa esto de su poca gimnasia intelectual.

En efecto, los órganos, en la inaccion, degeneran mientras que con el trabajo se desarrollan: ¿qué extraño es que, siendo esta verdad tan palpable, tengamos las mujeres pocas aptitudes intelectuales, cuando desde tantos siglos no se hace más que deprimirnos? «Había en la organizacion femenina,—continua el aludido higienista,—un defecto de desarrollo, que la civilizacion había de haber colmado, y se ha propendido insensatamente extremarlo y ponerlo en evidencia.

• Cuando se ha tratado de aprovechar las aptitudes de una especie zoológica, se han discurrido los procedimientos más conducentes para acrecentar su vigor, su *lozanía* ó *agilidad*. Respecto de la mujer, hemos adoptado una marcha totalmente contraria: hemos sumido sus músculos en la inacción; hemos apagado el fuego de su inteligencia; hemos extremado su sensibilidad física y su vulnerabilidad para los agentes cósmicos; hemos fanatizado sus sentimientos; la hemos segregado del comercio social; hémosla despojado de todo derecho político; la hemos encerrado en el hogar; la hemos desposeído de aptitudes para el trabajo y la hemos incapacitado para ganarse el sustento, inutilizándola para vivir sin tutela... ¿Qué más podría hacerse para convertir en esclava de nuestras pasiones, cómplice de nuestros vicios y causa de nuestras debilidades á la que venia naturalmente destinada á ser nuestra consejera, nuestra colaboradora en la tarea de ganar, por medio del trabajo, el pan cotidiano y nuestra compañera en constituir la familia y criar la prole?»

Si Sócrates nos dice no hay más que un bien, que es la ciencia, y más que un mal, que es la ignorancia; si Napoleon creía que el porvenir de un hijo es siempre la obra de una madre; si Tocqueville nos asegura que la prosperidad y la fuerza creciente de los Estados-Unidos se debe á la superioridad de sus mujeres, y si tantos y tantos afirman que la mujer lleva en su seno en el porvenir de la sociedad y que ésta no tendrá nunca mas progreso social que el que se deberá á nuestro sexo ¿por qué negarnos ó limitarnos el derecho á la instrucción?

La mujer dista mucho de ser una obra perfecta: tenemos muchos defectos; por esto mismo se necesita perfeccionarnos. Si á la mujer se le diese otra educación, no tendría este afán por el lujo; si estuviese más ocupada, no pensaría todo el día en el trasiego de las modas, ese lujo que mina las fortunas y deshonorá á las mujeres. La instrucción buena, es muy humilde, nada tiene de vanidosa; por

lo tanto, dejadnos instruir y disminuirá mucho esta falta; tenednos más ocupadas y no tendremos tanto tiempo de murmurarnos; haced que empleemos el tiempo en cosas serias y no lo perderemos en frivolidades y coqueterías; generalizad la instruccion y generalizareis la buenas costumbres: nunca consentiria la mujer en ser tan degradada, si fuese más instruida.

Con todo y habérsenos negado la instruccion, con todo y existir tantas preocupaciones sociales; con todo y haberse cubierto con la máscara del ridículo á la pobre que con esfuerzos sobrehumanos se acerca á las fuentes de la ciencia, la historia nos presenta muchísimos ejemplos de que la mujer ha brillado en todos los ramos del saber.

María Cayetana Agnesi de Milan, á los nueve años, hablaba latin, á los trece tradujo una obra latina al griego, aprendió varias lenguas y defendió públicamente 191 tesis filosóficas, publicando despues una obra de matemáticas, tan notable, que el papa Benedicto XIV la confió la cátedra en la Universidad de Bolonia.

María Pelegrina Amoreti, sabia italiana, á los 21 años fué recibida Doctor en Derecho en la Universidad de Pavía.

Arhete enseñó Filosofía natural y moral en Atenas y ciento diez filósofos distinguidos se vanagloriaron de haber sido sus discípulos; escribió cuarenta libros.

Laura Bassi, sabia italiana, fué profesora de Física y Filosofía en la Universidad de Bolonia.

Isabel Cordaba, española, que leía el latin, griego y hebreo, obtuvo el grado de Doctor en Filosofía y luego en Teología.

Elena Cornaro, enseñó Filosofía en la Universidad de Pádua y compuso varias obras sobre Matemáticas, Astronomía y Teología.

Isabel Zaya Roseres, española, muy versada en las lenguas antiguas y en las ciencias, predicó con aplauso, en la catedral de Barcelona; fué á Roma, en tiempo de Pablo III, y convirtió muchos judíos.

A Beatriz Galindo, española, la apellidaron la latina; además estudió Filosofía, enseñó latin á Isabel la Católica, de la que fué camarista, y escribió las obras: *Comentarios á Aristóteles*, *Notas sobre los antiguos* y *Poesía latina*.

Bettista Gozzadino, célebre italiana, á los veintitres años, pronunció, en la catedral de Bolonia, una bellissima oracion fúnebre en latin; estudió leyes, fué graduada de Doctor, obtuvo una cátedra en aquella facultad y publicó varias obras.

Samek, célebre mahometana, fué tan ilustrada en Derecho, que á ella acudian todos los jueces de Bagdad.

Lelia Sabina, componia todas las oraciones que su padre Lelio Sila pronunciaba en el Senado.

Ana María Schurmann, de Colonia, era tan ilustrada casi en todo, que el sabio Feijóo dijo de ella «que no se conocia hasta ahora capacidad más universal en uno y otro sexo.»

Miss Martineau hizo notables trabajos sobre Economía política.

Polícrata, hija de Pitágoras, era tan instruida y su ingenio era tal, que muchos preferian sus lecciones á las de su padre. Y Narella de Bolonia, Cecilia Morillas, Luisa Sigía, Safo, Francisca Lebrija, Hispacia, Cecilia Gonzaga, Eloisa, María Drupé, Isabel Losa, Dorotea Buca, poseyeron muchos idiomas y casi todas tuvieron cátedras á sus cargos.

Abella fué notable por sus conocimientos en medicina.

Dorotea Cristina Exlaben, en vista de sus grandes progresos en medicina, fué admitida Doctor en la Universidad de Vall: su obra más célebre es *Exámen de las causas que apartan á las mujeres del estudio*, en la cual se prueba que las es posible y útil cultivar las ciencias.

Leonor Fonseca, de Nápoles, cultivó la Historia natural y especialmente la Botánica, y ayudó á Spallanzani en el descubrimiento de los vasos linfáticos.